

“EL CHISTE Y SU RELACIÓN CON... ¿EL DILEMA FUNDAMENTAL DE LA PSICOLOGÍA?”

Eysenck, H. (1972). La rata o el diván. Madrid: Alianza

Siempre me ha fascinado el humor. Pienso que los chistes, las caricaturas y la sátira son irresistibles y constituyen una brújula mucho más interesante para la conciencia nacional que volúmenes y análisis de más peso. Creo que puede defenderse el principio de que es posible aprender mucho acerca de la <<imagen>> de una persona, o de un país o de un grupo (los policías, las prostitutas o los psicólogos), fijándose en los tipos de chistes que se cuentan sobre ellos, o las caricaturas que inspiran. Miremos la psicología bajo esta luz, ¿y qué es lo que uno encuentra? Es claro que hay dos conjuntos o clases de chistes que circulan sobre la psicología y los psicólogos, e incluyo sobre este rubro a psiquiatras y psicoanalistas -que no es parte principal de su formación, contrariamente a la creencia o incluso al sentido común-, sino porque el hombre de la calle no hace esta distinción; después de todo, ¿es a él a quien va dirigido el chiste!). Las dos clases de chistes se refieren, respectivamente, a los experimentos con ratas y a los pacientes psicoanalíticos tendidos en el diván. Los lectores están sin duda familiarizados con muchos de estos chistes y caricaturas, habiendo aparecido los mejores en el New Yorker (indudablemente porque los americanos están más familiarizados con la psicología y sus pretensiones); con todo, un botón de muestra nos ayudará a instalar el escenario para la discusión subsiguiente, que nos introducirá al campo mucho más amplio de la naturaleza y propósito de la psicología, y de su lugar en el mundo moderno. Empecemos pues con el chiste de la rata y continuemos luego con el del diván.

Beachcomber solía empezar algunos de sus divertidísimos artículos de preguerra diciendo: <<Los experimentos con ratas han demostrado ...>>, para luego proseguir

con algo muy apartado de cualquier cosa que concebiblemente cupiera demostrar mediante experimentos con ratas: que los mineros de Northumberland tienen mala opinión de Mr. Chamberlain, o que las mujeres con pies grandes rara vez ganan concursos de baile. La inferencia es clara: qué tontos estos psicólogos que trabajan sin tregua con ratas en el laboratorio y piensan que sus resultados tienen algo que ver con los problemas reales de nuestra sociedad. El mismo pensamiento se contiene en el famoso chiste que muestra a una rata entrando en un imponente edificio universitario, que se vuelve y pregunta: <<¿Cómo se va al departamento de psicología?>>, dando a entender que sólo los psicólogos son suficientemente necios para entretenerse con ratas, en tanto que los sociólogos y otros académicos sensatos trabajan con seres humanos. Y, por último, el chiste, no menos famoso, de la rata que aprieta una palanca y le dice a otra rata: <<¡Mira que he condicionado bien a mi humano!; cada vez que aprieto la palanca deja caer una bolita de alimento en el conducto.>> Los chistes y caricaturas son inacabables, y todos apuntan a lo mismo: los psicólogos creen que son científicos, pero lo único que han hecho es tomar posesión del formalismo vacío de la ciencia; la esencia real se les escapa, y juegan con pseudo-problemas, usando a las ratas como excusa por no haber logrado elaborar una adecuada psicología humana que pueda ser de utilidad en los problemas del hombre. La crítica no se limita, por supuesto, a los chistes; a menudo la plantean escritores más serios, e incluso los mismos psicólogos.

Los chistes del diván y el analista se basan típicamente en la flagrante incongruencia entre lo pretendido y lo logrado, entre los hechos y la ficción. La caricatura clásica es la que muestra a dos analistas, uno joven pero exhausto, el otro anciano, pero fresco como una lechuga que salen de un hospital. <<¿Cómo te las arreglas para escucharlos durante tantas horas y permanecer tan tranquilo?>>, pregunta el joven. <<Ah, ¿pero tú escuchas?>>, replica el viejo. Igual de conocida es la historia de la madre que llama al

analista cada vez que su retoño se desmanda, siendo incapaz de afrontar por sí sola los problemas. Un día el niño se niega a bajarse de su caballo mecedor, a pesar de las súplicas de su madre; desesperada, llama al analista. Este llega, se acerca al niño y le murmura unas palabras al oído. El efecto es mágico: obedientemente se baja del caballo y se porta como un ángel todo el día. La madre no acierta a imaginar lo que el analista le ha dicho al niño; llega el padre a casa, le cuenta la historia y tampoco se le ocurre nada. Finalmente le preguntan a Juanito, que estalla en llanto y balbucea: «¡Me dijo que me rompería la cara si no me portaba bien!». Mientras que el chiste de la rata ataca al psicólogo por realizar una investigación cuidadosa, pero sobre temas nimios e irrelevantes, el chiste del diván reconoce que el psicólogo puede ocuparse de asuntos importantes y vitales, pero de una manera no científica cuidadosa, actuando en último término a base de sentido común y escondiendo su ignorancia tras un velo de verbosidad y afectación. Por lo visto no hay salida: o eres un pedante redomado que realiza trabajosas investigaciones en su torre de marfil que para nada afectan a la vida, ni conducen a ningún descubrimiento importante ni interesante, sino que es simple científicismo para pasar el rato, o bien te entrometes en problemas reales con audaz exuberancia, confundes a todo el mundo con una jerga interminable y pretenciosa y finalmente no entregas el maná que temerariamente has prometido. La forma en que actúes dependerá de si eres un introvertido o un extravertido; con raras excepciones, los hombres de las ratas son introvertidos y los hombres del sofá son extravertidos. Pero, en cualquier caso, la psicología es un juego inútil, confuso y banal, practicado de acuerdo con las reglas por gente extraña y un tanto ridícula. El que ese cuadro sea o no real (y partes de él, como veremos, son demasiado exactas como para sentirnos cómodos) no interesa por el momento; así percibe la situación el humorista, con su aguda intuición de lo que piensa el público.

Chistes, caricaturas, rasgos de ingenio y humor en general requieren interpretación según Freud. ¿Podemos interpretar estos resultados? Filósofos y escritores han dicho con frecuencia que, en general, hay dos elementos en el humor: el formal y el emocional. Desde el punto de vista formal, el humor depende de la incongruencia y de la reunión – con cierto estilo punzante y en alguna forma sorprendente de síntesis- de elementos incongruentes, mientras que desde el punto de vista emocional el chiste puede, o bien servir para descargar sentimientos hostiles, agresivos o sexuales, o bien expresar simplemente buen humor, alegría y contento. Los chistes de la rata y el diván ciertamente expresan crítica y agresión; plantease entonces la pregunta de si esa agresión y hostilidad es consciente o inconsciente. Freud, desde luego, no lo duda. Pero ¿es verdad que estos sentimientos hacia la psicología son el algún sentido <<inconscientes>>? Yo he hablado muchas veces con auditorios profanos y con muchas personas que no pretenderían pasar por psicólogos, y no hay duda de que la mayor parte, si no es que todos, estaban de acuerdo con las opiniones expresadas por los humoristas. El lector puede hacer por su cuenta el experimento y preguntarse si estas ideas expresan el tenor general de su pensamiento con respecto a la psicología, o si son el trasfondo reprimido de un pensamiento consciente distinto, sacado a la luz por caricaturas y chistes como los mencionados.

Mi propia teoría de humor es enteramente opuesta a la de Freud; podríamos llamarla una teoría de rasgos, o incluso una teoría de <<estados y rasgos>>. Según este punto de vista, las personas se ordenan a lo largo de un continuo de <<agresividad>> -o de <<sexualidad>>- que va desde el muy agresivo, o de gran actividad sexual, pasando por el promedio, hasta el extremadamente no agresivo y tímido, o escasamente preocupado por los asuntos sexuales. Según Freud, la persona aparentemente no agresiva, no sexual, ha reprimido estas tendencias y aprecia los chistes agresivos y sexuales porque liberan sus sentimientos <<inconscientes>>; la persona agresiva y sexualmente activa

no necesita tal liberación y no aprecia demasiado esos chistes. La evidencia, que es mucha, discrepa claramente de la interpretación freudiana: los trabajos comunicados por varios experimentadores de orientación psicoanalítica, así como los míos propios, muestran que las personas extravertidas son más abiertamente agresivas y sexualmente activas, y que también prefieren los chistes hostiles y sexuales. Dicho con otras palabras, la gente expresa sus rasgos habituales de agresividad o activación sexual de muchas maneras diferentes, una de las cuales es el aprecio de chistes congruentes. Al mismo tiempo se llega si elegimos un grupo de personas y hacemos que se enfaden mediante alguna forma de manipulación, o que se exciten sexualmente; en esas circunstancias encuentran más solaz en el humor hostil y sexual que en condiciones normales. Por consiguiente, tanto el enfoque de los <<rasgos>> como el del <<estado>> (es decir, la determinación del nivel habitual de agresividad o la manipulación experimental del nivel de agresividad presente) contradicen las opiniones de Freud: tal como es la gente en general, así reaccionan a los chistes. Lo cual sugiere que la mayor parte de la gente tiene actitudes hacia la psicología que no son opuestas (conscientemente) a ninguna hostilidad e irreverencia profundamente inconsciente, sino más bien que la gente piensa de veras que algo anda mal en la psicología y que, en general, no hay que confiar en los psicólogos; que la psicología, como el dios Jano de los romanos, tiene dos caras harto diferentes, y que eso hace bastante dudosa cualquier pretensión de ser una <<ciencia>>.

Pero esta sensación no es exclusiva del profano. El famoso psicólogo Koffka relata en uno de sus libros lo decepcionado que quedó cuando, siendo joven estudiante, se presentó en el departamento de psicología para aprender de las emociones y la personalidad, de la locura y de las actitudes sociales, y se le dijo que se pusiera a trabajar sobre el mecanismo de percepción de los colores. Muchos estudiantes han experimentado este conflicto, que aflige incluso a profesionales más veteranos y

experimentados. En *Sense and Nonsense in Psychology* e indicado el predominio de esta actitud esquizofrénica, que divide a la psicología en una sección experimental y otra social; dos secciones que apenas mantienen dialogo alguno, que publican en revistas diferentes y que rara vez leen los libros de otro bando. El cisma está bien documentado; haciendo nuestra la actitud científica, hemos averiguado qué artículos leen los miembros de cada lado, dónde publican sus trabajos y a quienes citan. Los hechos no están en el alero: la opinión popular ha dado en el clavo en lo que respecta a este vergonzoso secreto. Pero el asunto va mucho más lejos.

El hecho de que los dos bandos de la psicología no han logrado converger ha impedido alcanzar aquí la unidad que caracteriza a una ciencia genuina. La mayoría de los estudiantes de psicología, cuando abren y leen su primer libro de texto, se sorprenden de que no existan conexiones o relaciones entre los capítulos. Cada capítulo -sobre percepción, condicionamiento, memoria, inteligencia, aprendizaje, actitudes o anormalidad mental- es una unidad desligada; los capítulos pueden ser leídos casi en cualquier orden, y a menudo son presentados por cada profesor en un orden distinto. Los hechos y las teorías de un capítulo no conducen lógicamente a los de otro; finaliza un capítulo y el siguiente no recoge el hilo, sino que emprende una ruta enteramente diferente. De aquí que cada libro de texto adopte un método distinto de ordenar el material; no hay ninguno naturalmente señalado ni superior a los demás. Algunos empiezan con una introducción biológica (para dar al estudiante una base general en fisiología, neurología y anatomía), continúan con trabajo experimental sólido sobre condicionamiento y aprendizaje, percepción y memoria, y luego finalizan con las opciones <<suaves>> de psicología social, psicología anormal y personalidad. Otros invierten el proceso, con la esperanza de interesar inicialmente al estudiante con temas <<atractivos>>, para luego enseñarle a apreciar la actitud científica al entrar en los

temas experimentales. Pero todo ello es absolutamente arbitrario; no existen razones que impongan un método u otro.

Guarda relación con esto el problema de los conceptos fundamentales que subyacen a una ciencia. La química alcanzó la mayoría de edad con el enunciado de la teoría atómica del Dalton. ¿Qué sería la química sin el átomo? La biología está sólidamente asentada en el concepto de célula. La genética se basa en el concepto de gene. Podríamos multiplicar los ejemplos, pero no es necesario. Es obvio que una disciplina científica necesita estos conceptos subyacentes fundamentales. ¿Dónde están los de la psicología?.

Eysenck, H. (1972). La rata o el diván. Madrid: Alianza

Selección: Edson Escalante